

CUENTOS DE MIEDO



Para leer
en familia

Incluye actividades, recetas
y ¡como hacer tu propio disfraz terrorífico!

sm





Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carla Balzaretti
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Anna María Cabeza, *Una mudanza de miedo*, 2011,
Carmen Gil, *Las aventuras de la familia Vampiria*, 2011 y *La fiesta de Halloween*, 2012
© de las ilustraciones: Ariadna Reyes, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

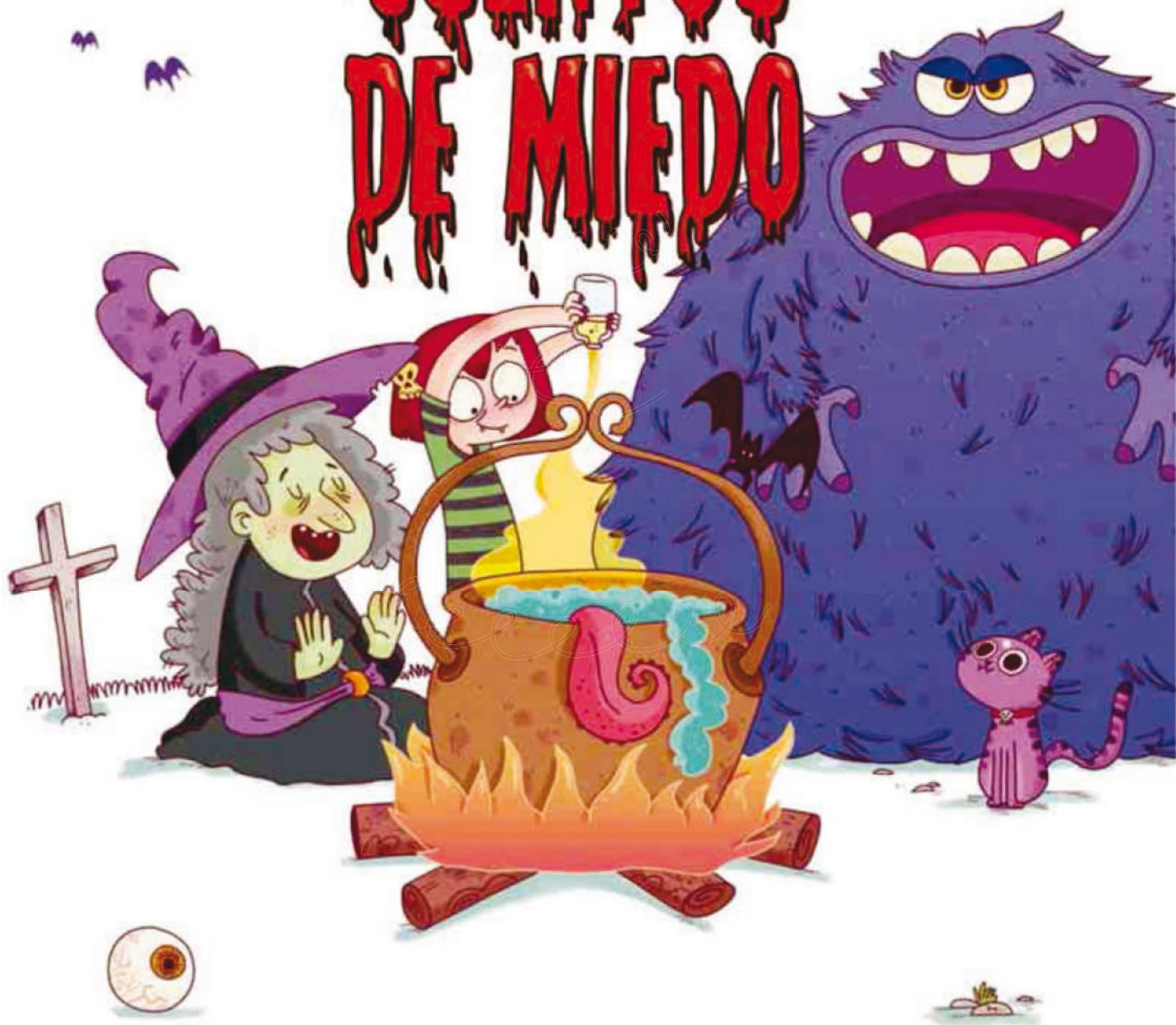
ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 12 13 23/ 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9088-3
Depósito legal: M-26552-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CUENTOS DE MIEDO



LAS AVENTURAS DE LA FAMILIA VAMPIRIA

CARMEN GIL





Aquella noche, la familia Vampiria andaba muy ocupada. Papá Vladimir llenaba de polvo los muebles. Mamá Larisa preparaba litros de sangre fresquita. El abuelo Kolya perfumaba el salón con agua de pantano infecto.



Katya iba de aquí para allá
colgando telarañas de las lámparas.
Hasta Tristán, un murciélago
con penacho plateado,
había dejado de comer caramelos
de regaliz para poner un CD
de aullidos, suspiros y quejidos.



El único que no movía un dedo era Vasili,
que dormía plácidamente en su pequeño ataúd.
Bueno, a veces lanzaba berridos terribles
y papá le canturreaba una nana.





*Duerme, vampiro pequeño,
que papá vela tu sueño.*

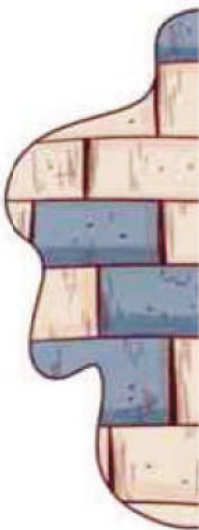
*Después de tanto ajetreo,
sueña con noches oscuras,
y un murciélago muy feo
volando por las alturas.*

*Sigue, rorro, mis consejos:
cuando se enciendan las luces,
no pienses nunca en espejos,
tampoco en ajos ni en cruces.*



Katya estaba nerviosa. Faltaba poco para que Boris llegara de Transilvania. La verdad es que solo lo había visto en una foto, pero... ¡era tan guapo! Tristán no dejaba de refunfuñar: —El castillo entero patas arriba para recibir a un vampiro pelitieso.

—No te enfades, murciélago pelusón
—lo consoló Katya—. Boris es el hijo
de la mejor amiga de mi madre,
y viene a pasar unos días con nosotros.
Además, como mañana es Halloween,
vamos a dar una fiesta.





—¡Una fiesta de Halloween! Con lo que
cuesta prepararla —protestó Tristán.
Entre refunfuñar, enviar invitaciones,
hacer cadenetas moradas, preparar canapés
de lagartija y dejar el castillo polvoriento,
las horas pasaron volando.

Y volando también apareció, en el horizonte,
un vampiro larguirucho y granujiento
que cantaba a ritmo de rap.

—Hola, soy Bo... Boris —dijo el chico.

Al vampiro se le solía hacer un lío la lengua
cuando estaba nervioso.



Todos corrieron a recibirlo. Todos menos Katya, que se había quedado paralizada en un rincón.

—Vamos, hija, ven a darle un beso.

¡Un beso! La vampira notó que el pulso se le aceleraba, las manos le sudaban, la vista se le nublaba...





Temblando más que un flan de gelatina,
posó los labios en la mejilla del vampiro.
¡Y sintió que su piel paliducha
se ponía de color remolacha!
Afortunadamente, en cuanto Boris sacó
de su mochila una caja de bombones rellenos
de lamentos, todos se olvidaron de Katia.

—Es hora de dormir —avisó papá Vladimir cuando el primer rayo de sol se coló por la ventana.

En menos que grazna un cuervo, estaban todos metidos en sus ataúdes, durmiendo a pierna suelta.



Varias horas de ronquidos después,
la luna empezó a brillar en el cielo.

—¿Cómo has dormido? —preguntó Katya a Boris.

—De maravilla —contestó el chaval.

“Ay —suspiró Katya—, nunca había visto
unos colmillos tan bonitos”.





Tras un succulento desayuno a base de batidos púrpura, la familia Vampiria se dispuso a ultimar los detalles de la fiesta de Halloween y a recibir a los invitados.





El primero en llegar fue el fantasma Fantasmón, que estaba un poco contrariado. La sábana le había encogido al lavarla con agua caliente ¡y ahora tenía que asustar en minifalda! —¡Aaaaauuuuuh! —saludó. Después le tocó el turno a la bruja Edelmira.



Como acababa de sacarse el carné de conducir escobas, por el camino le había hecho un agujero a la Luna.

—¡Con lo bien que se viaja en brujimetro! —masculló. El monstruo de tres cabezas tampoco faltó a la cita, a pesar de que tenía un terrible resfriado y estornudaba por tres narices.

—¡Achís! ¡Achís! ¡Achís!



A continuación se presentaron la momia, el hombre lobo, Frankenstein y hasta la bruja Tormento, que era famosa por sus espeluznantes pociones y por ser la mejor bailarina de la comarca.



En cuanto escuchaba música, ponía su cuerpo en movimiento, desde la coronilla hasta la punta del dedo gordo del pie.

—Este pastelito de rabos de ratones está exquisito

—se relamía el Monstruo del Armario.

La bruja Nariguda susurraba al oído de una amiga: